

La pastora de ocas

Vivía una vez una anciana reina, viuda desde hacía muchos años, que tenía una hija muy hermosa. Al hacerse mayor, la prometieron a un príncipe de un país lejano, y cuando llegó el tiempo convenido para la celebración de la boda y la doncella hubo de ponerse en camino hacia la corte de su prometido, la reina madre le preparó un ajuar precioso, con brocados de oro y plata, vasos y joyas; era, en una palabra, una dote digna de una princesa real, pues la anciana reina quería entrañablemente a su hija. Diole también, para que la acompañase y sirviese, una camarera que, además, debía entregar a la princesa en manos del novio. Recibió cada una de las dos un caballo; pero el de la princesa tenía el don de hablar y se llamaba Falada. Llegada la hora de las despedidas, entró la madre en su alcoba y, cogiendo un cuchillito, se hizo un corte en un dedo, para que fluyera la sangre; en un trocito de tela recogió tres gotas, y las dio a su hija, diciéndole:

- Hija mía, guárdalas cuidadosamente; puedes necesitarlas durante el camino.

Separáronse madre e hija con abundantes lágrimas. La princesa se guardó en el seno la telita con la sangre y, montando a caballo, emprendió el viaje hacia la Corte de su prometido. Cuando llevaban una hora cabalgando sintió una intensa sed y dijo a su camarera:

- Apéate y lléname de agua del arroyo la copa que para esto has traído; quiero beber.

- Si tenéis sed - respondióle la camarera -, apeaos vos y bebed. Yo no quiero ser vuestra criada.

La princesa, acuciada por la sed, bajó del caballo y, arrodillada en la orilla, bebió directamente del riachuelo, sin usar la copa. Luego exclamó:

- ¡Dios mío! - y las tres gotas de sangre le respondieron:

- Si tu madre viese esto, el corazón le estallaría en el pecho.

Pero, humilde como era la princesita, guardó silencio y volvió a montar a caballo. Siguieron cabalgando, y al cabo de varias leguas volvió a tener sed, pues el día era caluroso, y el sol, ardiente. Llegaron a otro río, y la princesa repitió a la camarera:

- Apéate y sírreme de beber en mi copa de oro - pues había olvidado ya las insolentes palabras de la sirvienta.

Pero ésta repitió a su vez, más altanera que antes:

- Si queréis beber, arreglaos vos misma; yo no quiero ser vuestra criada.

Apeóse de nuevo la princesa, acuciada por la sed, Y, tendiéndose sobre el agua fluyente, exclamó llorando:

- ¡Dios mío! - y las tres gotas de sangre volvieron a exclamar:

- Si tu madre viese esto, el corazón le estallaría en el pecho.

Y al agacharse para beber, se le cayó del seno la tela que contenía las tres gotas, y el agua se la llevó, sin que ella lo advirtiese, angustiada como estaba. Pero la camarera sí lo había visto, y se alegró, porque ello le daba poder sobre la princesa, quien, al perder aquellas gotas de sangre, se había quedado débil e impotente.

Al disponerse a subir nuevamente sobre su caballo Falada, dijo la camarera:

- A Falada lo montaré yo, y tú te subirás sobre mi rocín - y la princesa hubo de resignarse. Luego, con palabras duras, mandóle la camarera que se quitase sus reales vestidos y se pusiese los suyos malos y, finalmente, la obligó a jurar, bajo la luz del cielo, que en la Corte del Rey no diría nada de todo aquello a nadie; y si se hubiese negado a prestar el juramento, la habría asesinado allí mismo. Pero Falada lo presencié todo y lo guardó en la memoria.

Montó, pues, la camarera sobre Falada, y la novia auténtica sobre el jamelgo, y así prosiguieron hasta llegar al palacio real. Grande fue el regocijo a su entrada, y el príncipe salió presuroso a recibirlas, y ayudó a la camarera a apearse del caballo, tomándola por su prometida. Luego la condujeron arriba, mientras la verdadera princesa se quedaba abajo. Al asomarse a la ventana el anciano rey y verla en el patio, tan distinguida, delicada y hermosa, entró en las reales habitaciones para preguntar quién era la novia.

- La tomé en el camino para que me acompañase; dadle algún trabajo, que no permanezca ociosa.

Pero el viejo rey no tenía ocupación para ella, y sólo se le ocurrió decir:

- Tengo un muchacho encargado de guardar las ocas, que vaya a ayudarle.

El mozo se llamaba Conradito, y la princesa fue enviada a servirle de auxiliar.

No tardó la falsa novia en decir al príncipe:

- Amado mío, quisiera pedirte una gracia.

- Te la concederé gustoso - respondió él.
- Pues ordenad al desollador que corte el cuello del caballo que yo monté, pues me ha fastidiado durante el camino.

En realidad, lo que temía era que el animal descubriese lo sucedido a la princesa. Así, el leal Falada tuvo que morir, y, al enterarse de ello, la verdadera princesa prometió al desollador una moneda de oro a cambio de un pequeño servicio. En la ciudad había una gran puerta oscura, por la que ella debía pasar cada mañana y cada anochecer con sus ocas; pidió, pues, al hombre que clavase la cabeza de Falada en aquella puerta, para que ella pudiese verla a menudo. Así se hizo, y la cabeza del noble caballo quedó clavada en el lúgubre portal.

Cuando, de madrugada, la princesa y Conradito pasaron bajo el portal, dijo ella:

"¡Oh, Falada, colgado aquí tristemente!"

Y respondió la cabeza:

"¡Oh, princesa, cómo te trata esa gente!

Si tu madre lo supiera,
de la pena se muriera".

Salió ella de la ciudad y se fue con el mozo al campo, a guardar las ocas. Al llegar al prado sentóse sobre la hierba a peinar sus cabellos, que eran de oro puro; y Conradito gozaba contemplando su brillo. Quiso arrancarle algunos, pero ella dijo:

"Sopla, sopla, vientecito,
quítale el sombrero a Conradito
y fuérralo a correr por el prado
hasta que yo me haya peinado
y de nuevo acicalado".

En el mismo instante se levantó un fortísimo viento, que se llevó el sombrero de Conradito, obligando al mozo a salir corriendo detrás de él durante largo rato; y, cuando volvió, ya había terminado la doncella de peinarse y arreglarse, por lo cual el mozo se quedó sin sus cabellos. Enfadado, dejó de hablarle, y así guardaron las ocas hasta el anochecer, en que regresaron a palacio.

A la mañana siguiente, cuando pasaron de nuevo por el portal, dijo la doncella:

"¡Oh, Falada, colgado aquí tristemente!"

Y Falada respondió:

"¡Oh, princesa, cómo te trata esa gente!

Si tu madre lo supiera,
de la pena se muriera".

Ya en el prado, volvió a sentarse sobre la hierba y a peinarse. Acudió Conradito para arrancarle unos

cabellos; pero ella dijo rápidamente:

"Sopla, sopla, vientecito,
quítale el sombrero a Conradito
y fuérralo a correr por el prado
hasta que yo me haya peinado
y de nuevo acicalado".

Púsose a soplar el viento, llevándose el sombrerito de la cabeza del mozo, el cual hubo de correr en su persecución, y cuando volvió, la muchacha hacía ya buen rato que estaba lista de su peinado, con lo que Conradito no pudo salirse con la suya. Y así estuvieron guardando las ocas hasta el anochecer.

Pero, cuando hubieron regresado a palacio, Conradito se presentó al anciano rey y le dijo:

- No quiero seguir guardando ocas con esa muchacha:

- ¿Y por qué? - preguntóle el Rey.

- Porque se pasa el día haciéndome rabiar.

Entonces el Rey le mandó que le contase lo ocurrido, y Conradito le dijo:

Cada mañana, cuando pasamos con la manada por la puerta oscura, se dirige a una cabeza de caballo que hay clavada en ella, y le dice:

"¡Oh, Falada, colgado aquí tristemente!"

Y la cabeza responde:

"¡Oh, princesa, cómo te trata esa gente!

Si tu madre lo supiera,
de la pena se muriera".

Y de este modo siguió Conradito contando lo que sucedía en el prado, y cómo había de correr siempre tras su sombrero.

El anciano Rey le ordenó que al día siguiente volviese a salir con la manada, y el propio Rey, al rayar el alba, se escondió detrás de la puerta, desde donde pudo oír las palabras que se cruzaron entre la doncella y la cabeza de Falada. Luego siguió a los dos al prado, ocultándose en un matorral. Pronto pudo contemplar con sus propios ojos cómo el muchacho y la moza llegaban con las ocas y cómo, al poco rato, ella se sentaba en la hierba y se soltaba el cabello, y cómo irradiaba éste un resplandor de oro. Enseguida repitió la doncella:

"Sopla, sopla, vientecito,
quítale el sombrero a Conradito
y fuérralo a correr por el prado
hasta que yo me haya peinado
y de nuevo acicalado".

Inmediatamente llegó una ráfaga de viento y se llevó el sombrero, obligando al muchacho a emprender un larga carrera hasta recuperarlo, mientras la moza se

peinaba los bucles. El anciano Rey lo presenci6 todo. Retir6se luego sin ser observado, y cuando, al anochecer, regres6 la pastora de ocas, la llam6 aparte y le pregunt6 la raz6n de su proceder.

- No puedo dec6rselo - respondi6 ella - ni revelar mi desgracia a nadie, pues lo jur6 bajo el cielo para salvar mi vida.

El Rey insisti6 y porfi6 para que hablase; pero, viendo que no lograba sacarle una palabra, le dijo, al fin:

- Pues si no quieres confi6rmelo a m6, ve a contar tus penas a la estufa de hierro - y se alej6.

Acerc6se la princesa a la estufa, y, entre lamentos y l6grimas, desahogando su coraz6n, dijo:

- Aqu6 estoy abandonada del mundo entere y, no obstante, soy hija de un rey; una p6rfida camarera me redujo a esta situaci6n usando de la violencia, oblig6ndome a quitarme mis vestidos de princesa y suplant6ndome ella como prometida del pr6ncipe, mientras yo debo hacer trabajos humildes y guardar ocas. ¡Si mi madre lo supiera, de pena le estallar6 el coraz6n en el pecho!

Pero el viejo Rey lo escuchaba todo por el tubo de la chimenea, y as6 se enter6 de sus desgracias. Volvi6 al aposento y le mand6 que saliese de la estufa; pusieronle vestidos principescos, y entonces qued6 de manifiesto su maravillosa hermosura. El Rey llam6 entonces a su hijo y le revel6 la falacia de su presunta prometida, que no era sino una vulgar sirvienta.

mientras la novia verdadera, que all6 estaba, hubo de estar guardando ocas durante todo aquel tiempo.

El joven pr6ncipe sinti6 una gran alegr6a al verla tan bella y virtuosa, y prepar6 un gran banquete, al que quedaron invitadas much6simas personas y los buenos amigos. A la cabeza de la mesa sent6se el novio, el cual ten6a, a su lado, a la princesa, y al otro, a la camarera, la cual, deslumbrada, no reconoci6 a su rival bajo sus magn6ficos atav6os. Una vez hubieron comido y bebido, reinando gran animaci6n entre los comensales, el anciano Rey plante6 un acertijo a la camarera. ¿Qu6 merec6a una persona que hubiese engañado a su señor de tal y cual manera?; y despu6s de detallarle todo el caso, acab6 pregunt6ndole:

- ¿Qu6 sentencia dictar6ais contra esta persona?

Y respondi6 la presunta prometida:

- No merece sino que se la desnude completamente y se la encierre en un barril cuyo interior est6 erizado de agudos clavos y que, tirado por dos caballos blancos, sea paseado por todas las calles de la ciudad, hasta que la malvada haya muerto.

- Pues 6sa eres t6 - respondi6 el Rey -, y en ti va a cumplirse la sentencia que acabas de pronunciar.

Y, cuando se hubo cumplido, celebr6se le boda de los j6venes pr6ncipes, y ambos reinaron en paz y felicidad.

* * *